

Editorial

Innovación con objetivos

AUNQUE, YA EN 1530, el holandés Gemma Frisius había preconizado la determinación de la situación de un navío en la mar por medio de un reloj, las características de los mecanismos disponibles no alentaban a seguir ese procedimiento. El premio que ofreció, en 1598, Felipe III de España, para conseguir el reloj adecuado, no llevó a resultado alguno.

El instituido en 1714 por el Parlamento inglés tuvo mejor suerte y John Harrison consiguió el primer cronómetro naval. Un ejemplo claro de Innovación inducida mediante un planteamiento de un objetivo concreto.

Hoy la palabra Innovación llena muchas páginas y ocupa muchos espacios pero parece oportuno preguntarse, a la vista de todo esto, cuánto hay de perspectivas de Innovación, y cuánto de Investigación en pos de esa Innovación, establecidas con un objetivo concreto.

Se insiste, quizás demasiado, en condicionar los resultados en ese campo a la inversión destinada mezclándose, con harta frecuencia, consideraciones donde se juntan campos tan heterogéneos como la Bioquímica y la Física teórica o la misma Filología.

Se discute de endogamia universitaria sin contemplar, salvo excepciones, la diferencia que existe, según uno u otro campo de Investigación, para apreciar lo bueno o lo malo de esta endogamia.

Muchas veces las voces, o las plumas, inciden más en los problemas económicos de los participantes en los programas que en presupuestos concretos para conseguir objetivos determinados. Se llega a presentar análisis comparativos del número de auxiliares con relación a otros países. Se habla de *ratios* horas de investigación/horas de docencia. Se estima la cantidad de publicaciones...

Se aprecia mucho planteamiento por áreas pero poco por objetivos. Escasez de *"task forces"*. Todo un síntoma.

Se habla de la necesidad de disponer o formar especialistas pero se soslaya la ineludible condición de contar con mentes directivas, con formación generalista y multidisciplinar, capaces de coordinar la labor de los equipos, dotándolos de la operatividad y eficacia necesarias, al mismo tiempo que de la deseable amplitud de perspectiva.

Hay demasiados conceptos equivocados. Hace unos días, un autor que ejerce como docente en Filosofía, decía en una entrevista que *"el investigador ha de tener una jornada laboral como la de un minero o un albañil"*. Eso podrá aplicarse al investigador, tan extendido, de consumo bibliográfico, pero para el verdadero investigador y para la verdadera mente creativa, cualquiera sabe que eso está completamente fuera de lugar.

De la misma manera que, en el siglo XVI, se hizo patente una necesidad, se fijó un objetivo y se establecieron los estímulos adecuados para su consecución innovadora, hoy contamos con metas muy claras, en diferentes campos: Energía, Medicina, Medio ambiente..., sin olvidar los clásicos campos de aplicación de tecnología y los estructurales docentes y empresariales. Estas metas son las que deben marcar objetivos concretos.

A esos objetivos concretos hay que aplicar los esfuerzos y recursos. Lo que difícilmente puede llevar a resultados serios, es la costumbre de "ver cómo se pueden invertir" los fondos disponibles o contentarse con programas de colaboración Universidad-Empresa, inicialmente viciados por el escepticismo de las mismas y firmados por puro compromiso político o publicitario.

En este momento hay muchos cronómetros que inventar. Pero el decidido camino de la Innovación obliga a un previo ejercicio de Innovación interna en muchas Instituciones. Parece lógico esperar que consideren esa senda como suya. ■